

Domingo 22 (A) SUPERAR EL ESCÁNDALO DE LA CRUZ, EXIGENCIA DE LA FE

- I. Felipe Fernández Caballero**
- II. Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)**
- III. Sagrada Congregación para el Clero**
- IV. Radio Vaticano.**

I. MENSAJE CENTRAL

El reconocimiento de Jesús por la fe es auténtico cuando, se está dispuesto a cargar con la propia cruz y a seguirle hasta la entrega de la propia vida.

LECTURAS

1. “La palabra era en mis entrañas fuego ardiente”

Jr 20,7-9

- v. 7: «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir»

Jeremías acusa a Dios de haber querido aprovecharse de su juventud y de su inexperiencia, o sea, de haberlo seducido como se seduce a una joven (cf. Ex 22, 15), haciéndole promesas que luego resultan engañosas. El lenguaje que se emplea pone la violencia de parte de Dios, pero quiere ser también la del amor decepcionado.

- v. 8. En aquellos momentos, Jeremías no se hacía ilusiones sobre las consecuencias que la misión aceptada podía tener en su vida. Con el tiempo, el profeta se ha hecho objeto de burlas continuas para todos. La razón de esta situación se debe a la palabra de Dios de que era portador y que implicaba la denuncia del pecado del pueblo.

- v. 9. Volviendo sobre su acción pasada, Jeremías traza un balance negativo. Entonces intenta zafarse de la misión divina, pero la voluntad de Dios se apodera de él como un fuego devorador (cf. Jr 23, 29; 5, 14). Asistimos a un verdadero combate interior entre Jeremías y Dios.

- v. 10. El relato nos hace oír el cuchicheo de los adversarios del profeta y de sus amigos, pero el v. 11 es un acto de confianza en Dios, única esperanza del profeta.

Verdad de un texto en que el profeta se entrega tal como es, con su sufrimiento, sus resistencias, su aceptación casi coaccionada y forzada. El *Salmo* 62 podría ser la oración sosegada y confiada de Jeremías.

* En Jeremías, que sufre una verdadera pasión (Jr 26-43), no hay ninguna enseñanza sobre el sufrimiento del mesías ni ninguna perspectiva sobre una vida más allá de la muerte. Todo se ventila en la vida presente. Es más o menos la

situación del callejón sin salida de Job: la fe desnuda. Jesús ha seguido hasta el final el camino de Jeremías y de los profetas, pero ha abierto este callejón sin salida con su resurrección.

2. “Presentad vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios”

Rom 12, 1-2

Comienza una larga exhortación sobre lo que debe ser la conducta del cristiano, no considerado como persona aislada, sino como miembro vivo de una comunidad de fe.

El tema de la unidad y armonía era la obsesión de Pablo. Era también el desafío constante de aquellas jóvenes Iglesias formadas por cristianos de tan diferentes procedencias y costumbres tan opuestas.

El Apóstol escribe desde Corinto, donde las divisiones internas estuvieron a punto de fragmentar irremediablemente a una comunidad que él mismo había fundado y cuidado con tanto cariño. ¿Le habrían llegado rumores de que, al igual que en Corinto, algo no funcionaba bien en Roma? Lo cierto es que trata el tema con la seriedad y solemnidad de quien está «anunciando el Evangelio», y no como consejos y amonestaciones comunes propias de cualquier final de carta: los imperativos comienzan a sustituir a los indicativos. Pablo se dirige a los romanos con autoridad: no sólo como hermano, sino también como apóstol.

Si comenzó afirmando que el Evangelio es fuerza de salvación para todo el que cree, ahora quiere ver ese Evangelio encarnado en las relaciones personales de los unos para con los otros, como si entre todos estuvieran ofreciendo un sacrificio vivo, santo, aceptable a Dios.

-v. 1: Invita a mantener una distancia crítica con respecto al mundo. El adjetivo utilizado por el texto griego para referirse al culto ha sido diversamente traducido: culto *espiritual*, culto *razonable*. En realidad es un adjetivo que ha sido empleado con frecuencia para designar el verdadero culto, el culto que compromete al hombre entero en oposición a un culto meramente exterior y formalista (véase Am 5,21-25; Os 6,6; Jn 4,23-24). Esto no significa la eliminación del culto *corporal*. Al contrario, lo supone; pero sólo será legítimo si está penetrado por el Espíritu (ver 2 Cor 3,18; Flp 3,21).

v. 2: Por lo demás, Pablo pide un cambio de corazones, una profunda renovación interior para poder *distinguir cuál es la voluntad de Dios*. Eso significa que la voluntad de Dios no siempre es algo obvio; con frecuencia estará escondida en los complicados pliegues de la existencia cotidiana y tendremos que descubrirla a base de un esfuerzo inteligente, desinteresado y fiel.

En ese discernimiento de la voluntad divina señala tres grados: *lo bueno* que Dios quiere o manda, *lo agradable* en que se complace o que aconseja, *lo perfecto* que propone como supremo ideal de santidad; en otros términos: lo bueno, lo mejor, lo óptimo: algo análogo a las *tres maneras de humildad* de San Ignacio.

Evangelio: El que pierda su vida por mí, la encontrará

Mt 16,21-27:

-v. 21. Primer anuncio de la pasión y resurrección de Cristo. Se inicia el camino hacia la pasión y muerte. Este primer anuncio desvanece cualquier duda sobre qué clase de Mesías es Jesús. Proclama sin ambigüedades que tendrá que sufrir y morir: consecuencia de su mesianismo, de acuerdo con el plan del Padre.

-v. 22. Pedro, que poco antes había confesado su fe en Jesús, ahora rechaza la posibilidad de sufrimiento y muerte del Mesías.

-v. 23. Jesús reacciona bruscamente llamándole Satanás porque se comporta como una piedra de tropiezo, ya que no está dispuesto a asumir la voluntad de Dios. Pedro -como la gente que sigue a Jesús- no espera un Siervo sufriente (Is 42,1) sino un Mesías triunfante. La respuesta tajante de Jesús echa por tierra todas estas pretensiones que no se ajustan a lo que ÉL había obrado durante su misión.

-v. 24. Al anuncio de la pasión sigue el precio y la recompensa del discipulado. Así como antes los discípulos habían participado del poder de Jesús (10,1), ahora tendrán que correr la misma suerte que el Maestro. Las sentencias sobre la necesidad de cargar la cruz y entregar la vida lo ponen de relieve.

v. 25. La fidelidad total en el seguimiento implica frecuentemente dificultades y hasta persecuciones. Aceptar el discipulado cristiano sin condiciones, con todas las implicaciones que lleva consigo, es cargar con la cruz. Somos los discípulos de un hombre ajusticiado en la cruz.

Durante mucho tiempo, ciertas corrientes ascéticas han entendido la negación de sí mismo como una especie de combate contra los deseos del individuo. La negación de sí mismo debe leerse en la clave iluminadora de la cruz. Pero la cruz de la que habló Jesús tiene una dimensión más redentora y solidaria: se trata de la cruz de la injusticia, de la miseria y de la exclusión que los sistemas sociales de todos los tiempos les imponen a las personas más débiles.

-v 26. El discípulo de Jesús no se pertenece, pertenece a la familia de Jesús. Está siempre disponible para las urgencias del reino. «Salvar la vida»/«perder la vida» son la expresión máxima del egoísmo o de la solidaridad: retener la cerrando los ojos y el corazón a las necesidades de los pobres es perderla para la causa del Reino. Entregar la vida, «descentrarse» para poner el centro en aquéllos a los que se les niega la vida y la dignidad, es ganarla para la progresiva instauración del reino.

v. 27. Este será el criterio definitivo de discernimiento en el juicio de las naciones cuando el Hijo del hombre venga como Rey

HOMILÍA

El domingo pasado, Jesús preguntaba a sus discípulos: *“¿Quién decís que soy yo?”*. Pedro, en nombre de todos le respondió: *“Tú eres el Mesías, el hijo del Dios vivo”*

En este domingo, la pregunta no es *“quién decís que soy yo”*, sino *“¿qué tipo de Mesías creéis que soy yo?”*

1. En el horizonte de Jesús está ya presente la cruz. *“Desde entonces empezó a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día”*.

La cruz no es término, sino camino. Jesús lo dice claramente: el que pierde su vida, el que se olvida de sí mismo, encontrará la vida. Su mesianismo no se sitúa en la línea de la consecución del poder o de la gloria, es decir, de lo que la gente entiende por triunfo personal, sino en la de la entrega de la vida por amor. El suyo es un mesianismo entregado. Y su camino ha de ser también el camino de sus discípulos: *“El que quiera venirse conmigo, que cargue con su cruz y me siga”*.

Tomar la cruz no quiere decir buscar el sufrimiento. No se sigue más de cerca a Jesús porque se sufra más en la vida. Más aún, hay formas de sufrimiento propio o ajeno incompatibles con una concepción cristiana de la vida. Jesús,

- no amó ni buscó el sufrimiento para sí y para los demás como si se tratara de algo querido por Dios. La voluntad de Dios es que el hombre viva, no que sufra.

- tampoco conoció el sufrimiento que tiene su origen en el pecado propio o en una manera desacertada de vivir: el que nace de la envidia, del vacío interior, del resentimiento, del apego egoísta a las cosas o a las personas;

- pero asumió plenamente el sufrimiento derivado de su fidelidad a la misión que el Padre le había encomendado y a su compromiso en favor de la liberación de los hombres. Esa doble fidelidad fue la que le llevó a la cruz

2. Pedro no entiende que el mesianismo de Cristo haya de pasar por esa entrega. Sus planes incluían sólo la participación en el triunfo y en la gloria de su Maestro. Constituyéndose de nuevo en portavoz del grupo, le *“increpa”* como si se tratara de un endemoniado (es el mismo verbo con que Jesús se dirigía a los poseídos), para apartarle de ese camino, como si Dios estuviera de su parte (*“No lo permita Dios”*). El pasado domingo, Pedro recibió la alabanza a su profesión de fe conforme al pensamiento de Dios. *“No te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre”*. Hoy recibe la reprensión porque piensa a lo humano, no como Dios: *“Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios”*. Literalmente, lo que Jesús le dice es: Ponte detrás de mí, es decir, vuelve a ocupar tu puesto de discípulo, sigue y camina por la senda que van marcando mis pasos

El mesianismo entregado de Jesús marca la pauta del seguimiento de los que quieren ser sus discípulos. : *“El que quiera ser mi discípulo cargue con su cruz y me siga”*. Hay sufrimientos, rechazos, conflictos, cruces que el cristiano ha de estar dispuesto a asumir: son todos aquellos que sólo podríamos hacer desaparecer de

nuestra vida dejando de seguir a Jesucristo.

3. Pablo lo ha formulado con estas palabras: *“No os ajustéis a este mundo”*, no os dejéis conformar con los criterios, valores y pautas de este mundo ni pongáis vuestro corazón en el éxito, en el dinero o en el poder; cambiad de mentalidad y sabed *“discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto”*.

Nuestra civilización del confort no quiere ni oír hablar de renunciaciones y sufrimientos. El cristiano, sin embargo, ha de integrarlos necesariamente en su forma de vivir. La entrega de la propia vida al servicio de Dios y de los hermanos adquiere para el Apóstol Pablo, el valor de un verdadero sacrificio espiritual, de *“una hostia viva, santa, agradable a Dios”*. Ofrecida a Dios y a los demás por amor, la vida diaria del creyente es el lugar del verdadero culto y adoración del Dios vivo.

II. Guía para lectura y predicación del CEC (SEC)

LA FE DE LA IGLESIA

«"Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad" (LG 40)>> (2013).

«No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual. El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las Bienaventuranzas» (2015).

" «Los consejos evangélicos manifiestan la plenitud viva de una caridad que nunca se sacia, (...) estimulan nuestra prontitud espiritual. La perfección de la Ley nueva consiste esencialmente en los preceptos del amor de Dios y del prójimo, Los consejos indican vías más directas, medios más apropiados ... » (1974).

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

Apunte bíblico-litúrgico

El domingo pasado, Pedro tomó la palabra el primero para confesar a Jesús como el Mesías, ahora es también el primero en manifestar el escándalo de la cruz.

El camino de Jesús y la réplica humana: el anuncio evangélico del domingo pasado comenzaba con la pregunta: «¿Quién es el Hijo del hombre?». El de hoy descubre su destino y el de aquellos que le siguen: el Misterio pascual. En el evangelio del domingo pasado, Pedro profesó la fe en Jesús, motivado por la revelación del Padre: «Tú eres el Hijo del Dios vivo». En el de hoy, Pedro habla según el punto de vista humano: «piensas como los hombres», le reprocha Jesús. Allí, Jesús le otorgaba las mayores prerrogativas. Aquí, le corrige: «Quítate de mi vista, Satanás». Allí dominaban la fe y los dones de Dios. Aquí, la «poca fe» y las reacciones humanas.

Jesús hace a los discípulos el anuncio de la ley pascual: negarse a sí mismo, cargar con la cruz, para seguir hasta la muerte a Jesús, el Resucitado, perder la vida «por mí», para encontrarla.

III. Sagrada Congregación para el Clero

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

La Voluntad de Dios es la suprema norma del profeta Jeremías, de Jesucristo y de los cristianos. Inseparable de la voluntad divina es la cruz, el sacrificio por fidelidad a ella. Jeremías siente el aguijón de la rebelión, de tirar todo por la borda; pero "(la palabra de Dios) era dentro de mí como un fuego devorador encerrado en mis huesos; me esforzaba en contenerlo, pero no podía" (Primera lectura). El evangelio de hoy sigue a la proclamación que Pedro hace de Jesús como Mesías e Hijo de Dios (domingo anterior). Jesús quiere dejar bien sentado cuál es el sentido de su mesianismo según el designio de Dios: "Ir a Jerusalén y sufrir mucho por causa de los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; morir y al tercer día resucitar" (evangelio). San Pablo nos enseña que el auténtico culto consiste en ofrecerse como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (segunda lectura).

MENSAJE DOCTRINAL

La Voluntad de Dios es el ordenamiento divino de la historia para salvación de los hombres. Este ordenamiento, siendo divino, tiene una lógica diversa de la humana, puede incluso llegar a parecer contradictorio y hostil. El profeta Jeremías sabe algo de esto. Él era un hombre pacífico, pero Dios le llamó a una vocación opuesta a su inclinación natural: tiene que gritar "ruina, destrucción". A pesar de todo, es tal la fuerza con que la Voluntad divina le sacude interiormente y le devora, que no puede decirle que no. La "pasión" de Jeremías, como él nos la cuenta en sus "confesiones" es la expresión más fiel de su fidelidad al plan misterioso de Dios sobre la historia humana.

En el relato evangélico, Jesús anuncia por primer vez cuál es la voluntad de Dios para él en el futuro: "Comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y que tenía que sufrir mucho" (Evangelio). Pedro, movido quizás por afán de protagonismo y por amor mal entendido a Jesús, quiere apartar a éste del camino de Dios, camino de pasión y de cruz. Jesús conoce cuál es la Voluntad de su Padre, y no puede permitir que nadie se entrometa en su relación personal con Dios. Como hombre, le cuesta muchísimo aceptar este camino de Dios, tan duro y penoso, pero la adhesión al Padre tiene tal peso en su vida que nada ni nadie le podrá apartar de su Voluntad. Es tal la pasión por la Voluntad del Padre que no tiene reparos en llamar a Pedro "Satanás", pues ante sus ojos es como un diablo que pretende apartarle del designio de Dios sobre él.

Jeremías y sobre todo Jesús nos muestran la necesidad e importancia de conocer la voluntad de Dios y, consiguientemente, de adherirse a ella con todo el corazón y con todas las fuerzas del alma, sin titubeos, sin complicidad alguna, aunque sea pequeña, con el maligno. Del conocimiento y del amor a la Voluntad divina se ha de pasar a la vida: Hacer la Voluntad de Dios, con las dificultades, sufrimientos y penalidades que esto implique. Por eso, Jesús es muy claro: "Si alguno quiere venir

detrás de mí (es decir, si alguien quiere hacer en todo, como yo, la Voluntad de mi Padre), que renuncie a sí mismo (es decir, a su propio pensar y querer, tan humanos, y tan lejos del pensar y querer de Dios), cargue con su cruz y me siga" (Evangelio). San Pablo, por su parte, pide a los cristianos de Roma ofrecerse "como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios" (segunda lectura).

Conocer, amar y hacer la Voluntad de Dios es una tarea para "hombres nuevos", que luchan para deshacerse de los criterios de este mundo, y sobre todo se dedican a renovarse y transformarse interiormente. Sólo estos hombres renovados "pueden descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto" (segunda lectura).

SUGERENCIAS PASTORALES

Las huellas de la Voluntad de Dios.

Las grandes huellas de la Voluntad de Dios están inscritas primeramente en nuestra misma naturaleza, luego en nuestra vocación cristiana, y finalmente en nuestro estado y condición de vida. Por eso, hace la voluntad divina aquel que se comporta conforme a su condición de ser racional y espiritual, vive como fiel seguidor de Jesucristo dentro de la comunidad eclesial, cumple bien con sus deberes de estado y con su trabajo o profesión. La mayoría de los hombres percibimos con relativa facilidad estas huellas, pero caminar por ellas y seguirlas ya es otra cosa. Encontramos muchas cosas atractivas que nos distraen, muchos obstáculos que no siempre estamos dispuestos a superar, muchas resistencias a comportarnos según nos dicta nuestra conciencia. ¿Cuáles son las distracciones, obstáculos, resistencias que hay en nuestro ambiente, en nuestra parroquia, en nuestra comunidad, en nosotros mismos?

La cruz y la gloria.

En la Pascua, cima del plan de Dios para Jesucristo, se entretajan la cruz y la gloria. En la vida del cristiano, en el proyecto de Dios para cada uno de nosotros, no es diferente. La voluntad de Dios no es que sea primero cruz y luego gloria, o viceversa. Es cruz y gloria al mismo tiempo. Conocer, adherirse, hacer la voluntad de Dios comporta un tanto por ciento de cruz y otro tanto por ciento de gloria, distinta pero inseparablemente. Quien hace la voluntad de Dios ofrece un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Quien hace la voluntad de Dios percibe, en medio del dolor, un canto interior de gozo y de paz, que preludia la gloria de la que participará con Cristo en el reino de los cielos. Hay quienes sólo ven la cruz, y hay quienes sólo quisieran ver la gloria. El auténtico cristiano anuda ambas en la misma voluntad de Dios, y las acepta con amor y gozo.

IV:Radio Vaticano

Negarse a sí mismo para ser feliz

El domingo pasado veíamos que sólo puede decir "Tú eres el Cristo, el salvador" quien confiesa al Jesús que asume la cruz de la vida, porque esta es la realidad de la vida. La cruz que lleva a Jesús al calvario, está hecha de nuestras cruces, las que rechazamos. Pedro no admitía que un Mesías tuviera que sufrir y Jesús le llamó Satanás, por querer huir de la realidad. Seguir a Jesús es para salvar, para liberar y lo que hay que liberar es la realidad de todos sus males. Ese es el valor de la cruz. Las lecturas de este domingo 22 del tiempo ordinario centran la atención sobre las consecuencias del seguimiento de Jesús. Tanto Jeremías como Mateo llaman la

atención sobre el conflicto que tienen que afrontar tanto el profeta como Jesús. La experiencia del exilio marcó la vida del pueblo de Israel. Fue un momento muy doloroso que le exigió replantear su fe en el Dios de la Alianza. En este contexto Jeremías narra su vocación. Jeremías es víctima de un conflicto interior; por una parte rechaza lo que pueda poner en peligro su vida, su tranquilidad, sin embargo nota una fuerza interior que le empuja más allá de los gustos y apetencias personales. En esa lucha interior se presenta como cualquiera de los humanos: la conciencia le propone ideales morales, sociales, de justicia, de coherencia, mientras que la carne se resiste a las consecuencias del compromiso.

Quien se compromete con una causa tiene que sacrificar muchas comodidades e incluso eso que llamamos derechos elementales de la persona. Estamos en una época en la que los grandes ideales han cedido al empuje de un individualismo feroz, que nos cierra en el egoísmo materialista. Como aquel Diógenes Laercio, que salió a una plaza de Atenas en pleno día con una lámpara. Mientras caminaba decía: «Busco a un hombre.» «La ciudad está llena de hombres», le dijeron. A lo que él respondió: «Busco a un hombre de verdad, uno capaz de responder por sí mismo, no según las normas del rebaño.»

El profeta Jeremías era un hombre de estos, de los de verdad. Así narra su conflicto personal: «He sido la irrisión cotidiana, pues cada vez que hablo es para clamar: «¡Atropello!», y para gritar: «¡Expolio!» todos me remedaban La palabra de Yahveh ha sido para mí oprobio y befa cotidiana. Yo decía: «No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su Nombre.» Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía». Y acaba cediendo a esa instancia interior, la voz de Dios, no podía desentenderse de la misión que esa Palabra le encomendaba.

La mayoría de los profetas bíblicos han sufrido experiencias similares a las de Jeremías. Son rechazados por sus propios hermanos y por las autoridades correspondientes. Muchos de ellos tuvieron que sufrir la muerte o el destierro. Pero pudo más la fidelidad a Dios y a su Pueblo que su propia seguridad y bienestar. La Palabra de Dios actúa en el profeta como un fuego abrasador que no lo deja tranquilo y lo mantiene siempre alerta en el servicio a los demás, aunque tenga que ceder su propia vida en el empeño.

La carta de San Pablo a los romanos de Roma es un canto de alabanza y gratitud a Dios que ha transformado su mentalidad, sus valores, el horizonte de su vida. En ese abandono a Dios ha encontrado los criterios de discernimiento para buscar, encontrar y realizar la voluntad de Dios.

Y el evangelio de este domingo nos ofrece el modo concreto para convertirnos en seguidores de este camino que encontraron Jeremías y Pablo, el camino que propone Jesús a sus discípulos. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará. Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?

¡Negarse a sí mismo!, -como decíamos antes hablando de Jeremías- ¡justo el slogan más apropiado para nuestro mundo! ¿Negarse a sí mismo? ¿Qué partido político se hace cargo de tal propuesta, si todos los partidos políticos son para medrar? ¿Qué empresa de publicidad propone sacrificio a los consumidores? Eso sí, todos proponen que si usas esa crema corporal, si ingresas el dinero en tal entidad financiera, si compras tal automóvil, todos te admirarán y serás el ser más

feliz de este mundo. Este el programa de la felicidad mundana, justamente el contrario del que propone Jesús para conseguir lo mismo, la felicidad. Ya sabemos que Pedro, el discípulo que después fue el primer Papa, pensaba como los políticos, los banqueros o los publicistas de nuestro mundo: ¡Lejos de ti eso, Señor! ¿Cómo se te ocurren cosas semejantes? Y sabemos la respuesta de Jesús: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Eres para mí escándalo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres! Menos mal que Jesús entregó su vida, se vació a sí mismo, y Dios le resucitó. Desde entonces Pedro se hizo discípulo de verdad, hombre de verdad.